

Carlo Collodi
Las aventuras de Pinocho

Traducción y notas de Guillermo Piro

XXXIII

Convertido en un burro de verdad es puesto a la venta
y lo compra el Director de una compañía de payasos
para enseñarle a bailar y a saltar los aros;
pero una noche se queda rengo y entonces
lo compra otro para hacer un tambor con su piel.

Viendo que la puerta no se abría, el Hombrecito la tiró abajo con una violentísima patada, y entrando en la habitación, con su habitual sonrisa, les dijo a Pinocho y a Mecha:

—¡Bien, muchachos! Han rebuznado tan bien que enseguida los reconocí por la voz. Y por eso estoy aquí.

Al oír esas palabras los dos borricos se sintieron muy disgustados, con la cabeza gacha, las orejas bajas y la cola entre las patas.

Al principio el Hombrecito los alisó, los acarició y les dio unas palmaditas; después, sacando el cepillo, les dio una buena cepillada. Y cuando a fuerza de cepillarlos los había dejado lustrosos como dos espejos, entonces les puso el cabestro y los condujo a la plaza del mercado, con la esperanza de venderlos y sacar una buena ganancia.

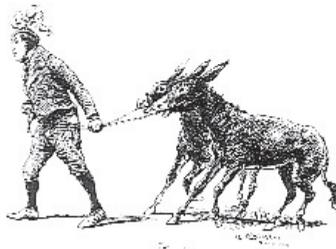


Ilustración de Carlo Chiostrì (1901)

Y los compradores, en efecto, no se hicieron esperar.

Mecha fue comprado por un campesino, al que el día anterior se le había muerto el borrico (1), y Pinocho fue vendido al Director de una compañía de payasos y saltimbanquis, el cual lo compró para amaestrarlo y hacerlo bailar y saltar junto con otros animales de su compañía.

Y ahora, mis pequeños lectores, ¿han comprendido cuál era el oficio del Hombrecito? Ese horrible monstruo, que aparentaba ser de leche y miel, iba de tanto en tanto con un carro por el mundo; con halagos y promesas, en el camino, recogía a todos los chicos haraganes que se aburrían con los libros y la escuela, y después de haberlos cargado en su carro los conducía al País de los Juguetes para que pasaran todo el tiempo entre juegos, algazara y diversiones. Cuando aquellos pobres niños ilusos, a fuerza de jugar todo el tiempo y no estudiar nunca, se volvían borricos, entonces él, alegre y contento, se adueñaba de ellos y los vendía en las ferias y en los mercados. Y así en pocos años había hecho mucho dinero y se había vuelto millonario.

Ignoro lo que le pasó a Mecha; pero sé que Pinocho llevó, desde el primer día, una vida triste y durísima.

Cuando fue llevado al establo su nuevo amo le llenó el pesebre de paja; pero Pinocho, después de haber probado un bocado, la escupió.

Entonces el amo, gruñendo, le llenó el pesebre de heno; pero el heno tampoco le gustó.

—¡Ah! ¿Tampoco te gusta el heno? —gritó el amo, irritado—. ¡Déjame a mí, borriquillo lindo, que si tienes caprichos yo me voy a encarregar de quitártelos!...



Ilustración de Attilio Mussino (1911)

Y a modo de corrección le asestó un fustazo en las patas.

Pinocho, a causa del gran dolor, comenzó a llorar y a rebuznar, y rebuznando decía:

—¡I-ho, i-ho, no puedo digerir la paja!...

—¡Entonces come el heno! —replicó el amo, que entendí perfectamente el dialecto asnal.

—¡I-ho, i-ho, el heno me da dolor de barriga!...

—¿Pretendes, entonces, que a un borrico como tú lo mantenga a base de pollo y capón de gelatina? —agregó el amo cada vez más rabioso y asestándole un segundo fustazo.

Ante este segundo fustazo, Pinocho, por prudencia, se quedó quieto y no dijo nada más.

Entretanto, el establo fue cerrado y Pinocho se quedó solo; y como hacía muchas horas que no comía nada, empezó a bostezar del hambre que tenía.

Y al bostezar abría la boca, que parecía un horno.

Al final, no encontrando otra cosa en el pesebre, se resignó a masticar un poco de heno; y después de haberlo masticado bien, cerró los ojos y lo mandó adentro.

—Este heno no está tan mal —dijo para sí—, ¡pero cuánto mejor estaría si hubiese seguido estudiando!... A esta hora, en vez de heno, podría estar comiendo un pedazo de pan fresco y una buena feta de salame... ¡Paciencia!...

A la mañana siguiente, al despertarse, buscó enseguida en el pesebre otro poco de heno; pero no lo encontró, porque durante la noche se lo había comido todo.

Entonces tomó un bocado de paja triturada; pero mientras la masticaba se dio cuenta de que el sabor de la paja triturada no se parecía en nada ni al arroz con azafrán ni a los macarrones a la napolitana.

—¡Paciencia! —repitió, mientras seguía masticando—. ¡Que al menos mi desgracia pueda servir de lección a todos los niños desobedientes que no tienen ganas de estudiar. ¡Paciencia!... ¡Paciencia!...

—¡Qué paciencia ni qué ocho cuartos! —gritó el amo, que en ese momento entraba en el establo—. ¿Crees acaso, mi lindo borrico, que yo te compré únicamente para darte de beber y de comer? Te compré para que trabajes, y para que me hagas ganar mucho dinero. ¡Así que, vamos, pórtate bien! Ven conmigo al circo, que allí te enseñaré a saltar el aro, romper con la cabeza barriles de papel y balar el vals y la polca parado sobre las patas de atrás.

El pobre Pinocho, de grado o por fuerza, tuvo que aprender a hacer todas esas bellísimas cosas; pero, para aprenderlas, fueron necesarias muchas lecciones y muchos fustazos.



Ilustración de Edna Potter (1925)

Finalmente llegó el día en que su amo pudo anunciar un espectáculo verdaderamente extraordinario. Los carteles, pegados en las esquinas, de muchos colores, decían así:

GRAN ESPECTÁCULO
DE
GALA
Esta noche tendrán lugar
LOS HABITUALES SALTOS
Y EJERCICIOS SORPRENDENTES
EJECUTADOS POR TODOS LOS ARTISTAS
Y TODOS LOS CABALLOS DE AMBOS SEXOS DE LA COMPAÑÍA
Y además
por primera vez será presentado
el famoso
BORRICO PINOCHO
llamado
LA ESTRELLA DE LA DANZA
--0--
EL TEATRO ESTARÁ ESPLÉNDIDAMENTE ILUMINADO

Aquella noche, como podrán imaginar, una hora antes de que comenzase el espectáculo, el teatro estaba lleno a más no poder.

No se encontraba ni una butaca ni un asiento preferencial ni un palco ni siquiera pagándolos a precio de oro.

Por las gradas del Circo hormigueaban los niños, las niñas y los muchachos de todas las edades, ansiosos por ver bailar al famoso borrico Pinocho.

Terminada la primera parte del espectáculo, el Director de la compañía, llevando levita negra, pantalón blanco y botas de cuero hasta las rodillas, se presentó ante el numerosísimo público y, haciendo una reverencia, recitó con mucha solemnidad el siguiente descabellado discurso:

—¡Respetable público, damas y caballeros!

“El humilde servidor, estando de paso por esta ilustre metrópoli, he

querido procrearme el honor, además del placer, de presentar a este inteligente y conspicuo auditorio un célebre borrico, que ya tuvo el honor de bailar en presencia de Su Majestad el Emperador de todas las principales Cortes de Europa.”

“Y dándoles las gracias, ¡ayúdennos con vuestra animadora presencia y compadézcanos!”

Este discurso fue recibido con muchas risas y muchos aplausos; pero los aplausos se redoblaron y se volvieron una especie de huracán con la aparición del borrico Pinocho en el centro del Circo. Estaba todo enjaezado como para una fiesta. Tenía unas bridas nuevas de cuero brillante, con hebillas y broches de latón, dos camelias blancas en las orejas, la crin dividida en muchos rulos atados con lazos de seda roja, una gran faja de oro y plata a modo de cincha, y la cola toda trenzada con cintas de terciopelo amaranto y celeste. En resumidas cuentas, ¡era un borrico adorable!

El Director, al presentarlo al público, añadió estas palabras:

“¡Mis respetables auditores! No estoy aquí para contarles mentiras acerca de las grandes dificultades superadas por mí para comprender y subyugar a este mamífero, mientras pastaba libremente de montaña en montaña en las llanuras de la zona tórrida. Les ruego que observen cuánto salvajismo exudan sus ojos, o sea, es decir que habiéndose revelados vanidosos todos los medios para domesticarlo a la vida de los cuadrúpedos civiles, he tenido que recurrir muchas veces al afable dialecto de la fusta. Pero cada una de mis gentilezas, en vez de hacerme querer por él, le han maleado más el alma. Pero yo, siguiendo el sistema de Gales, encontré en su cráneo una pequeña cartilaginosidad ósea que la misma Facultad de Medicina de París reconoció que se trataba del bulbo regenerador de cabellos y de la danza pírrica. Y por esta razón quise amaestrarlo para el baile y en los relativos saltos al aro y de los toneles forrados de papel. ¡Admírenlo y después júzguenlo! Pero antes de consanguinearme de ustedes permítanme, oh señores, que los invite al diurno espectáculo de mañana a la noche; pero en la apoteosis de que el tiempo lluvioso amenaza agua, entonces el espectáculo, en lugar de mañana a la noche, será posticipado para mañana a la mañana, a las once horas ante-

meridianas de la tarde.”

Y aquí el Director hizo otra profunda reverencia, y entonces dirigiéndose a Pinocho le dijo.

—¡Ánimo, Pinocho! ¡Pero antes de dar comienzo a nuestro ejercicios, saluda a este respetable público, caballeros, damas y niños!

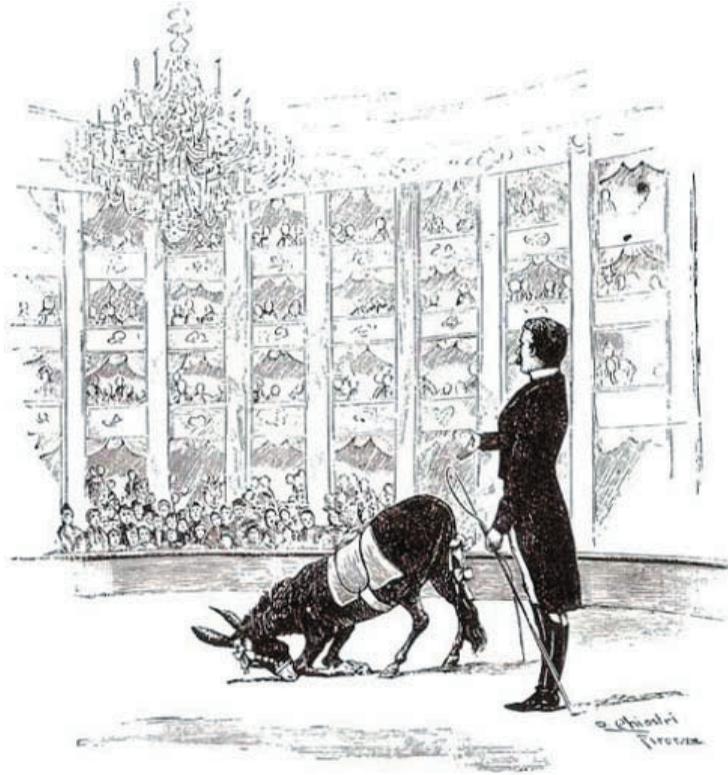


Ilustración de Carlo Chiostrì (1901)

Pinocho, obediente, dobló de inmediato las dos patas de adelante hasta llegar al suelo, y permaneció de rodillas hasta que el Director, haciendo restallar la fusta, le gritó:

—¡Al paso!

Entonces el borrico se alzó sobre las cuatro patas y comenzó a dar vueltas al Circo, caminando siempre al paso.

Podó después el Director gritó:

—¡Al trote!

Y Pinocho, obediente a la orden, cambió el paso por el trote.

—¡Al galope!

Y Pinocho empezó a galopar.

—¡A la carrera!

Y Pinocho se puso a correr a toda velocidad. Pero mientras corría como un desaforado, el Director, levantando el brazo, descargó un disparo de pistola al aire.

Al oír el disparo, el borrico, fingiéndose herido, cayó al suelo como si de verdad estuviese moribundo.

Levantándose, en medio de un estallido de aplausos, de gritos y de aullidos que llegaban hasta las estrellas, se le ocurrió levantar la cabeza y mirar hacia arriba... y al mirar, vio en un palco a una bella dama que llevaba en el cuello un grueso collar de oro, del que pendía un medallón. Y en el medallón estaba pintado el retrato de un borrico.

“¡Ese es mi retrato!... ¡Aquella dama es el Hada!”, dijo para sus adentros Pinocho, reconociéndola enseguida; y dejándose llevar por la alegría, trató de gritar:

—¡Oh, Hada mía! ¡Oh, Hada mía!

Pero en lugar de estas palabras lo que salió de su garganta fue un rebuzno tan sonoro y prolongado que hizo reír a todos los espectadores, sobre todo a los niños que estaban en la platea.

Entonces el Director, para enseñarle y hacerle entender que no es de buena educación rebuznar delante del público, le dio un golpe en la nariz con el mando de la fusta.

El pobre borrico, sacando un palmo de lengua, estuvo al menos cinco minutos lamiéndose la nariz, creyendo que así calmaría el dolor que sentía.

¡Pero cuál fue su desesperación cuando, mirando hacia arriba por segunda vez, vio que el palco estaba vacío y que el Hada había desaparecido!...

Sintió que se moría; los ojos se le llenaron de lágrimas y comenzó a llorar desconsoladamente. Pero nadie se dio cuenta, y menos que nadie el Director, el cual, por el contrario, haciendo restallar la fusta, gritó:

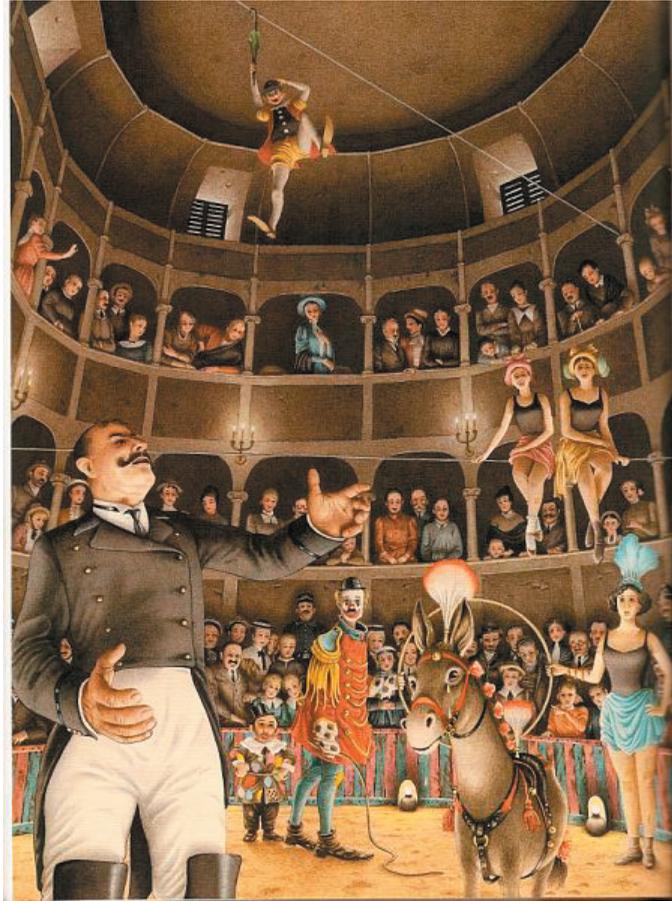


Ilustración de Roberto Innocenti (1988).

Gentileza Kalandraka Editora

—¡Vamos, Pinocho! Ahora les mostrarás a estos señores con cuánta maestría sabes saltar los aros.

Pinocho lo intentó dos o tres veces, pero cada vez que llegaba ante el aro, en vez de atravesarlo pasaba cómodamente por debajo. Al final dio un salto y lo atravesó, pero las patas de atrás, desgraciadamente, quedaron atrapadas en el aro, motivo por el cual cayó al suelo del otro lado, como un fardo.

Cuando se levantó, estaba rengo, y a duras penas pudo volver a la cuadra.

—¡Que salga Pinocho! ¡Queremos al borrico! ¡Que salga el borrico!

—gritaban los niños de la platea, apiadados y conmovidos por el tristísimo caso.

Pero el borrico no volvió a dejarse ver aquella noche.

A la mañana siguiente el veterinario, o sea el médico de los animales, cuando lo visitó, declaró que quedaría rengo para toda la vida.

Entonces el Director le dijo a su peón de la cuadra:

—¿Qué quieres que haga con un borrico rengo? Se comería gratis mi pan. Llévalo a la plaza y véndelo.

Llegados a la plaza, encontraron enseguida un comprador, el cual le preguntó al peón de la cuadra:

—¿Cuánto quieres por este borrico rengo?

—Veinte liras.

—Te doy veinte centavos. No creas que lo compro para hacerlo trabajar: lo compro únicamente por su piel. Veo que tiene una piel muy dura, y con su piel quiero hacer un tambor para la banda musical de mi pueblo.



Ilustración de Attilio Mussino (1911)

¡Dejo que ustedes, niños, imaginen el placer que sintió el pobre Pinocho cuando oyó que estaba destinado a convertirse en un tambor!

El caso es que el comprador, apenas pagó los veinte centavos, condujo al borrico a un escollo que estaba en la costa del mar; y poniéndole una piedra al cuello y atándole a una pata una cuerda que sostenía en la mano,

repentinamente le dio un empujón y lo arrojó al agua.

Pinocho, con aquel peso atado al cuello, se fue enseguida al fondo; y el comprador, siempre con la cuerda en la mano, se sentó en el escollo, esperando a que el borrico muriese ahogado para después quitarle la piel.



Ilustración de Attilio Mussino (1911)

XXXIV

**Pinocho, arrojado al mar, es devorado por los peces,
y vuelve a ser un muñeco como antes;
pero mientras nada para salvarse
es engullido por el terrible Tiburón.**

Habiendo pasado cincuenta minutos que el borrico estaba bajo el agua, el comprador dijo, hablando consigo mismo.

—A esta hora mi pobre borrico rengo debe de estar bien ahogado. Saquémoslo, entonces, y hagamos con su piel un lindo tambor.

Y comenzó a tirar de la cuerda con la cual le había atado una pata; y tira que te tira, al final vio aparecer a flor de agua... ¿adivinan? En vez de un borrico muerto lo que vio aparecer a flor de agua fue a Pinocho, que se retorció como una anguila.

Viendo a aquel muñeco de madera, el pobre hombre creyó estar soñando, y quedó atontado, con la boca abierta y los ojos fuera de las órbitas.



Ilustración de Corrado Sarri (1929)

Repuesto un poco del primer estupor, dijo, llorando y balbuceando:

—¿Y el borrico que arrojé al mar, dónde está?

—¡Ese borrico soy yo! —respondió el muñeco, riendo.

—¿Tú?

—Yo.

—¡Ah! ¡Tunante! ¿Pretendes acaso burlarte de mí?

—¿Burlarme de usted? Todo lo contrario, querido amo; le hablo en serio.

—¿Pero cómo es posible que tú, que hasta hace poco tiempo eras un borrico, ahora, estando en el agua, te hayas convertido en un muñeco de madera?...

—Será el efecto del agua de mar. El mar hace esas bromas.

—¡Cuidado, muñeco, cuidado!... No pienses que puedes divertirte a costa mía. ¡Ay de ti si se me acaba la paciencia!

—Bueno, amo, ¿quiere conocer toda la historia? Suélteme esta pierna y se la contaré.

Aquel buen despistado que era el comprador, curioso de conocer la verdadera historia, desató enseguida el nudo de la cuerda que lo mantenía atado; y entonces Pinocho, encontrándose libre como un pájaro en el aire, empezó a hablar así:

—Sepa que yo era un muñeco de madera como lo soy ahora; pero estaba a punto de convertirme en un niño, como en este mundo hay tantos;

sin embargo, por mis pocas ganas de estudiar y por hacer caso a las malas compañías, me escapé de casa... y un buen día, al despertarme, me encontré convertido en un borrico de largas orejas... ¡y una larga cola!... ¡Qué vergüenza fue eso para mí!... Una vergüenza, querido amo, ¡qué ruego a San Antonio bendito que nunca se la haga sentir a usted! Puesto a la venta en el mercado de los burros, fui comprado por el Director de una Compañía ecuestre, al cual se le puso en la cabeza hacer de mí un gran bailarín y un gran saltador de aros; pero una noche, durante el espectáculo, tuve una mala caída y me quedé rengu de las dos patas. Entonces el Director, no sabiendo qué hacer con un borrico rengu, mandó a que me volvieran a vender, ¡y usted me compró!

—¡Por desgracia! Y pagué por ti veinte centavos. ¿Quién me devolverá ahora mis veinte centavos?

—¿Y para qué me compró? ¡Usted me compró para hacer conmigo una piel de tambor!... ¡un tambor!...

—¡Por desgracia! ¿Y dónde encontraré ahora otra piel?...

—No se desespere, amo. ¡Hay tantos borricos en este mundo!

—Dime, monigote impertinente, ¿tu historia termina aquí?

—No —respondió el muñeco—, dos palabras más y termino. Después de haberme comprado, me trajo a este lugar para matarme; pero después, cediendo a un sentimiento piadoso de humanidad, prefirió colgarme una piedra al cuello y tirarme al fondo del mar. Este sentimiento de delicadeza lo honra muchísimo, y yo le estaré siempre agradecido por eso. Por lo demás, querido amo, usted hizo sus cálculos sin el Hada...

—¿Y quién es esta Hada?

—Es mi mamá, que se parece a todas las buenas mamás, que desean lo mejor para sus niños y nunca les sacan el ojo de encima, y los asisten amorosamente en todas las desgracias, incluso cuando estos niños, por sus travessuras y su mala conducta, merecerían ser abandonados y que se los dejara valer por sí mismos. Decía entonces que la buena Hada, apenas me vio en peligro de ahogarme, mandó a mí un cardumen infinito de peces, los cuales, creyéndome de verdad un borrico bien muerto, ¡comenzaron a comerme! ¡Y

qué bocados daban ¡Nunca hubiera creído que los peces fueran más glotones que los niños! Uno me comió las orejas, otro me comió el hocico, otro el pescuezo y las crines, otro la piel de las patas, otro la piel del lomo... y entre ellos había un pececito tan amable que se dignó comerme la cola.

—De hoy en adelante —dijo el comprador horrorizado—, juro que no volveré a probar la carne de pescado. ¡No me gustaría abrir un salmonete o una pescadilla frita y encontrar adentro la cola de un burro!

—Yo pienso lo mismo que usted —replicó el muñeco, riendo—. Por lo demás, debe saber que cuando los peces terminaron de comer toda aquella cáscara asnal que me cubría de la cabeza a los pies, llegaron, como es natural, a los huesos... o para decirlo mejor, llegaron a la madera, porque, como puede ver, yo estoy hecho de madera durísima. Pero después de haber dado las primeras mordidas, aquellos peces se dieron cuenta enseguida de que la madera no era bocado para sus dientes, y, asqueados por ese alimento indigesto, se fueron por aquí y por allá, sin volverse siquiera para darme las gracias... Y ya le he contado cómo usted, al tirar de la cuerda, encontró un muñeco vivo en vez de un borrico muerto.

—Yo me río de tu historia —gritó el comprador enfurecido—. Lo que sé es que gasté veinte centavos para comprarte y quiero que me los devuelvan. ¿Sabes qué haré? Te llevaré otra vez al mercado y te venderé a precio de leña seca para encender el fuego de la chimenea.

—Vuelva a venderme, entonces: por mí, encantado —dijo Pinocho.

Y diciendo esto dio un buen salto y se arrojó al agua. Y nadando alegremente y alejándose de la playa gritaba a su comprador:

—Adiós amo; si necesita una piel para hacer un tambor, acuérdesse de mí.

Y después se reía y seguía nadando; y después de un rato, mirando hacia atrás, gritaba más fuerte:

—Adiós, amo; si necesita un poco de leña seca para encender la chimenea, acuérdesse de mí.

El caso es que en un abrir y cerrar de ojos se había alejado tanto que ya casi no se lo veía; o sea, sobre la superficie del mar sólo se veía un puntito negro, que de tanto en tanto sacaba las piernas del agua y hacía cabriolas y

saltos, como un delfín de buen humor.

Mientras Pinocho nadaba a la ventura, vio en medio del mar un escollo que parecía de mármol blanco; y en la cima del escollo, una linda cabrita que balaba amorosamente y le hacía señas de que se acercara.

Lo más singular era esto: que la lana de la cabrita, en vez de ser blanca, o negra, o moteada de los dos colores, como la de las otras cabras, era de color azul, pero de un azul tan brillante que recordaba muchísimo al cabello de la hermosa Niña.

¡Dejo que ustedes imaginen cuán fuerte le latiría el corazón al pobre Pinocho! Redoblando sus fuerzas y sus energías se puso a nadar hacia el escollo blanco; y ya estaba a mitad de camino cuando salió del agua y fue a su encuentro una horrible cabeza de monstruo marino, con la boca abierta, como un abismo, y tres hileras de colmillos, que hubiesen dado miedo incluso viéndolos pintados.

¿Y saben quién era aquel monstruo marino?

Aquel monstruo marino era ni más ni menos que aquel gigantesco Tiburón, mencionado muchas veces en esta historia, que por sus estragos y su voracidad insaciable era llamado “el Atila de los peces y los pescadores”.

Imagínense el miedo del pobre Pinocho al ver al monstruo. Trató de esquivarlo, de cambiar de rumbo; trató de huir, pero aquella inmensa boca abierta iba a su encuentro con la velocidad de una flecha.

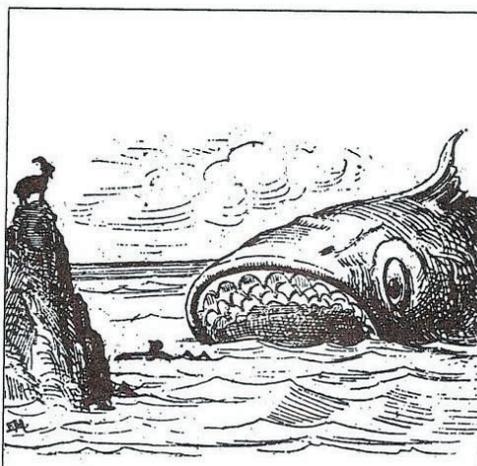


Ilustración de Enrico Mazzanti (1883)

—¡Apúrate, Pinocho, por favor! —gritaba balando la linda cabrita.

Y Pinocho nadaba desesperadamente con los brazos, con el pecho, con las piernas y con los pies.

—¡Corre, Pinocho, que el monstruo se acerca!

Y Pinocho, recurriendo a todas sus fuerzas, redoblaba la carrera.

—¡Cuidado, Pinocho!... ¡El monstruo te alcanza!... ¡Ya está ahí!... ¡Ya está ahí!... ¡Date prisa, por favor, o estás perdido!...

Y Pinocho nadaba más aprisa que nunca, adelante, adelante, adelante, como si fuera una bala de fusil. ¡Y ya estaba cerca del escollo, y ya la cabrita, inclinada sobre el mar, le alargaba las patitas de adelante para ayudarlo a salir del agua!...

¡Pero ya era tarde! El monstruo lo había alcanzado; el monstruo, absorbiendo el agua, se tragó al pobre muñeco, como se hubiera tragado un huevo de gallina. Y lo engulló con tanta violencia y con tanta avidez que Pinocho, cayendo dentro del cuerpo del Tiburón, se dio un golpe tan descomunal que quedó aturdido durante un cuarto de hora.

Cuando volvió en sí de ese aturdimiento, ni siquiera podía recordar en qué mundo estaba. Todo alrededor no había más que oscuridad, pero una oscuridad tan negra y profunda que le parecía haber entrado en el cuerpo de un calamar lleno de tinta. Se detuvo a escuchar y no oyó ningún ruido; sólo, de tanto en tanto, sentía algunas grandes oleadas de viento golpeándole el rostro (2). Al principio no podía entender de dónde podría provenir ese viento, pero después entendió que salía de los pulmones del monstruo. Porque hay que saber que el Tiburón sufría muchísimo de asma, y cuando respiraba parecía que estuviese soplando el viento del norte.

Pinocho, al principio, trató de armarse de coraje; pero cuando probó y comprobó que se encontraba dentro del monstruo marino, comenzó a llorar y a chillar, y llorando decía:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Oh, pobre de mí! ¿No hay nadie que venga a salvarme?

—¿Quién quieres que te salve, desgraciado?... —dijo en ese momento una vocecita cascada, como de guitarra desafinada.

—¿Quién habla así? —preguntó Pinocho, helado de miedo.

—¡Soy yo!: un pobre Atún, a quien el Tiburón tragó junto contigo. ¿Y tú qué pez eres?

—Yo no tengo nada que ver con los peces. Soy un muñeco.

—Y entonces, si no eres un pez, ¿por qué te has dejado engullir por el monstruo?

—No soy yo quien se dejó engullir: ¡fue él quien me engulló! ¿Y ahora qué haremos aquí, en la oscuridad?...

—¡Resignarse y esperar a que el Tiburón nos haya digerido a los dos!...

—¡Pero yo no quiero ser digerido! —gritó Pinocho, volviendo a llorar.

—Yo tampoco quisiera ser digerido —agregó el Atún—, ¡pero soy bastante razonable (3) y me consuelo pensando que, cuando se nace Atún, hay más dignidad en morir en el agua que frito en aceite!...

—¡Tonterías! —gritó Pinocho.

—¡Lo mío es una opinión —replicó el Atún—, y las opiniones, como dicen los Atunes políticos, deben ser respetadas!

—En suma... yo quiero salir de aquí... yo quiero huir.

—¡Huye, si puedes!...

—¿Es muy grande este Tiburón que nos ha tragado? —preguntó el muñeco.

—Imagínate que su cuerpo mide más de un kilómetro, sin contar la cola.

Mientras sostenían esta conversación en la oscuridad, a Pinocho le pareció distinguir a lo lejos una especie de claridad.

—¿Qué será esa lucecita que se ve a lo lejos? —preguntó Pinocho.

—¡Será algún compañero de desventura, que espera, como nosotros, el momento de ser digerido!...

—Quiero ir a verlo. Podría ser algún pez viejo capaz de enseñarme el camino de huir.

—Te lo deseo de corazón, querido muñeco.

—Adiós, Atún.

—Adiós, muñeco, y buena suerte.

—¿Nos volveremos a ver?

—¿Quién sabe?... ¡Mejor no pensarlo! (4)



Ilustración de Charles Copeland (1904)

Notas del traductor

(1) La mención de ese borrico muerto tiene algo de delictivo: nada impide pensar que este borrico tenga la misma proveniencia que Mecha. Recuérdese que cuando Pinocho había ido por la ciudad de las Abejas industriosas en busca de Mecha, lo había encontrado “escondido bajo el pórtico de una casa de campesinos”: el pobre Mecha tenía cierta vocación rural.

(2) “Tragado por el Tiburón, Pinocho experimenta una condición de tinieblas viscerales (...). Inicialmente las tinieblas son totales, Pinocho está inmerso en un cuerpo, en sus humores viscosos; le ha sido impuesta una experiencia fetal, que debe sufrir y vivir en nocturna incertidumbre. El Tiburón aparece como una versión infinitamente profunda de la madre, algo casualmente grávido, gestatorio de los abismos, boca devoradora de naves, viejos y muñecos, orificio que, en los mismos sollozos de la decadencia, adormecido genera” (Manganelli, op. cit.) “Aunque no ha sido concebido por una mujer, ni siquiera

Pinocho consigue escapar al destino de englobamiento. En la alegoría collodiana, padre e hijo se reencuentran en el vientre del Tiburón. De este modo la deuda de creación, contraída por haber osado eludir el callejón fisiológico del parto, los une. Pero la perversidad optimista de Pinocho y su amor por el padre abrirán la vía de la evasión de la panza-útero-prisión. Nuestro héroe huye, a la manera de Eneas, con su viejo padre sobre los hombros” (Martella, op. cit.)

(3) “ma io sono abbastanza filosofo”: tampoco debe tomarse al pie de la letra (Reale, op. cit.)

(4) “La despedida del Atún tiene algo de lúgubre, pero ya se sabe cómo son los Atunes.” (Manganelli, op. cit.)